

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
En año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.



NÚM. 301

Sevilla—Martes 31 de Diciembre de 1901

AÑO XXV

El presupuesto de los monopolios

Así ha calificado la obra financiera del Gobierno el ilustre maestro y orador parlamentario señor Azcárate, y hay que convenir que ha estado feliz y afortunado en el concepto.

Aquí todo está monopolizado, desde la justicia hasta la enseñanza, desde las obras públicas hasta la literatura, desde los derechos del pueblo hasta la facultad de exponer el pensamiento sometido a una censura previa, que declara intangible todo aquello que no conviene a los gobiernos de la monarquía que se discute.

En materia de tributación no hay servicio público ni atención del Estado que no se encuentre en manos de alguna empresa privilegiada, que pone la ley e impone su voluntad, dando tal extensión a las cláusulas del contrato, que no hay abuso que no esté sancionado.

Así la empresa cerillera, la famosa sociedad que monopoliza los explosivos, la afortunada Compañía arrendataria de tabacos, obtienen resultados tan beneficiosos que superan a todo cálculo; y vean, en cambio, nuestros lectores lo que fumamos y a cómo lo fumamos y a qué precios.

La enajenación del material de guerra de Cuba y Puerto Rico, la venta de maderas existentes en nuestros arsenales, los créditos del Nervión con el refuerzo del presupuesto votado por el partido liberal. Como fuente positiva de ingresos, esto es sencillamente cómico, por no darle otro calificativo más duro. Puede ocurrir que los contratos se utilicen o no se utilicen; que por el material se dé la cantidad presupuestada, caso el más favorable, pero como el presupuesto actual va a regir durante dos años, si se celebra el contrato y se paga en uno, en el otro ejercicio el déficit será de la misma cantidad presupuestada; y si el pago se verifica en los dos años, en cada uno de ellos alcanzará el déficit la mitad de lo presupuestado.

Pero si los cálculos del ministro fallan, como es lo más probable que suceda, ¿qué ocurrirá? Sencillamente lo que siemore: que seguiremos viviendo de la ficción y del engaño, y que cada año que pasa va creciendo nuestro descrédito, a medida que aumenta la ruina de los contribuyentes.

Estos ingresos, para un día, ó por una sola vez, no se pueden considerar como dotación de un presupuesto, no sólo por lo que tiene de eventual como ingreso, sino porque además no es una fuente de riqueza de carácter contributivo, y su ingerencia en el cuadro de los ingresos habla poco en favor de los acontecimientos financieros de un partido político de gobierno, por que abusando de ventas y enajenaciones mobiliarias ó raíces, le sería muy fácil a cualquier ministro de Hacienda rebasar una cifra muy superior a mil millones de ingresos, poniendo en su basta ó en licitación pública los bienes pertenecientes al Estado ó a la nación.

Así se intenta hacer ahora; estirando la cuerda para llegar a la cifra propuesta, se vio que no podía alcanzar el importe de los cuantiosos gastos, y el ministro buscó su tabla de salvación en la enajenación de ese material, para salir del paso en cifras que dudosamente se podrán coartar en moneda contante y sonante, como desgraciadamente nos demostrará la liquidación cuando llegue a hacerse, y ya vienen indicando los suplementos de crédito, y los créditos extraordinarios aun sin haber empezado.

Otra cosa de notable tuvo el discurso de Azcárate. La revolución y la evolución, desde arriba aconsejadas por todos los políticos dinásticos son imposibles, perdurando el engaño y la ficción, pues habrá que hacerla al servicio de España por la causa de la democracia y de la República. Y cuando hombre tan sesudo, gubernamental y conservador en los procedimientos, apela a los medios extremos, los que ha perdido toda esperanza, como hace tiempo ya la había perdido todo el país.

A. A.

Murmuraciones

Hoy creo que se le da a las Cortes españolas el cerrojazo, y con él concluye la vida parlamentaria del año 1901, y el 1902 también.

Es así, pues, que mañana nacemos a nueva vida, por lo que respecta a leer telegramas y a escribir el año en que vivimos.

Las Cortes, como el año, no han dado de sí nada bueno ni notable.

Las primeras nos ha traído el convencimiento de que la vida parlamentaria no es otra cosa que un entretenimiento más ó menos divertido, con el que se pica, se banderillea y se mata al país en plaza partida; esto es: en las Cortes y en el Senado.

Nada hemos adelantado, y nada hemos atrasado... aunque esto último no es verdad.

Hemos atrasado un año, porque debimos de comenzar haciendo algo de provecho, y lo único que hemos sacado es... un príncipe, ó un infante, que ya mama de la ubre del país.

El partido liberal se ha portado dignamente, dejando todas las cosas como estaban: con el mismo orbi, con la misma pántua con que la tenía cubierta el paso de los años.

Algunos disturbios, parecidos a tormentas pasajeras, se han registrado... pero pronto los fusiles Maüser pusieron paz en los ánimos enloquecidos.

El año 1901 nos ha descubierto al señor Conde de Romanones como ilustre paladín de la instrucción pública; y al señor marqués de Terverga como ilustre jurisconsulto, cargado con todas las rancias de sus más ilustres antecesores.

El hijo de D. Venancio, el Sr. D. Alfonso González, nos ha dado pruebas patentes de que es digno sucesor de su papá, quien le rezaba a Sagasta a la hora de levantarse, y a la hora de acostarse también.

Llegó al ministerio a fuerza de hablar alto y claro, y ya, una vez dentro de él, se quedó mudo, y, lo que es peor, hizo todo lo contrario de lo que prometiera. Gracias a dicho señor tenemos legalizadas en España las congregaciones religiosas, esas congregaciones que tanto gusto dan a ciertas altas y aristocráticas señoras sevillanas, que corretean por ahí de casa en casa pidiendo firmas, para elevarlas a los pies—ni más arriba ni más abajo—de la señora Regente, diciéndola de camino:

—Señora: Por razones especiales, que no se pueden consignar, nosotras somos partidarias de los conventos de frailes, de esos señores que reniegan del matrimonio y abominan de la mujer como madre de familia. De esos señores que no tienen patria, porque, aunque la tengan, se excluyen de contribuir al sostenimiento y defensa de ella. No hay, en verdad, ninguna razón de sana moral que nos abone para pedir que sean respetados esos machos cabríos, pero... ¡son tan gorditos, tienen un habla tan insinuante, son con nosotros tan condescendientes y nos prometen tantas bienandanzas en la otra vida, que no podemos menos que pedir sean respetados para nuestro bien y para nuestro entretenimiento!...

Si nos fijamos—dejando al ministerio de la Gobernación—en los demás excelsos hombres que llevan las riendas de la carreta nacional, nos encontramos con el Sr. Urzáiz, hacendista de última hora y de última novedad, que pide que los derechos que ha de pagar el bacalao a su introducción en España se satisfagan en oro, y, en cambio, tolera, consiente y tapa la escandalosa venta de un edificio nacional, llamado Seminario Conciliar de Sevilla, del cual se ha apoderado la Iglesia, con permiso de Dios por supuesto, vendiéndolo *ad majorem Dei gloriam*, y cobrándolo *ad majorem agallas arzobisporum Spinolarum*.

No toquemos al ministerio de Marina, porque sería difícil tocarle sin que ocurriera algún accidente... Todos hemos convenido en que para que España tenga marina de Guerra hace falta:

- 1.º Cuarenta mil millones de pesetas.
- 2.º Que los cuarenta mil millones de pesetas se emplearan en barcos nada más.
- 3.º Que los mares turbulentos no dieran palabra formal de no causarles ninguna avería, porque cuando llevan carbón, la máquina está vieja y se descompone; y cuando la máquina se halla en condiciones de funcionar, se acaba el carbón.
- 4.º y último. Que como no tenemos los cuarenta mil millones que necesitamos, nosotros pobres matinos están condenados a pelear eternamente con el Colón que ocupa el ministerio que con ellos se relaciona.

No hablaremos del Duque de Almodóvar, ministro de Estado que habla inglés y alza

botines, porque ahora está entretenido en arreglar eso del Muni para que el nuevo reinado de Alfonso XIII sea todo lo más glorioso posible, y sullan las tierras que nos han dado por inútiles y costosas a las que perdimos por ricas y fructíferas.

Weyler, nuestro general de mayor circulación, no está ahora por la guerra, sino por la paz. ¡Al fin hemos venido en conocimiento del por qué viajó y corrió tanto por tierras españolas en el pasado verano!

¡Fué a enterarse de cómo y en qué condiciones contraían matrimonio sus subordinados! En cuanto se enteraba de que un capitán tenía cuatro hijos, echaba un ¡voto a Dios! ó un ¡voto a Filipinas! y... tomaba el tren.

—¡No puede ser!—decía a sus ayudantes.—Si los jefes del Ejército fueran como los miembros de la casa real, a la que todos sostenemos con la tierra de las bayonetas, que por cada hijo que tienen se le aumenta la paga, por cada hijo que nace de un teniente tenga dos hijos por cada estrella, y a fin de mes tenga que ver todas las estrellas del cielo para poder satisfacer todas las obligaciones, no puede consentirse.

—Pero, señor—argüíale el ayudante—eso es meterse en canchales de once varas.

—Yo lo arreglaré—contestaba.—Ya que no hay guerra internacional, voy a ver si armo una guerra doméstica. A falta de cañones de tiro rápido, formaremos baterías de licencias y expedientes canónicos.

Ya se ha firmado el decreto dándonos un nuevo Alcalde, y mañana lo estrenamos con varios capitulares. Hoy están las sastrerías haciendo los nuevos fraques que lucirán en el acto los señores concejales. ¡Sevilla está que da goz! Se ha embalsamado hasta el aire con riquísimas esencias de... pimientos y tomates.

Ha ocurrido en Saffi (Tanger) una inundación graciosísima y horrosísima, según un corresponsal, que la describe maravillosamente.

Oigan ustedes: «El río se desbordó, anegando los campos, siendo tal la crecida, que el agua subió hasta las azoteas de las casas.»

Tenemos, por consiguiente, el agua en las azoteas.

Hasta aquí está la cosa bien, porque los inundados se subieron a las azoteas.

Pero lo gordo viene ahora.

Léase:

«Los momentos fueron de confusión horrible. Los vecinos pretendieron escapar subiendo a las habitaciones superiores, donde no tardó en llegar también el nivel de las aguas.

Se han ahogado unas 200 personas.»

Y aquí están mis dudas.

¿Dónde colocan, ó construyen, en Saffi, las habitaciones superiores? ¿Encima de la azotea? ¿O es que el corresponsal, para hacer mayor la inundación, ha colocado la azotea en el piso bajo, y encima las habitaciones?

Indudablemente, el corresponsal se ha excedido, ó vió la inundación con cristales de aumento, porque luego se dice:

«La iglesia española quedó completamente anegada, salvándose por milagro los padres franciscanos.»

¡Gran desgracia y gran milagro! Aunque después de todo, yo no veo el milagro.

Porque si las aguas hubieran subido por encima de las azoteas, crea el corresponsal que no hay milagro posible para los frailes franciscanos. ¡Se ahogan con piojos y to!

Un distinguido escritor, que es la contraposición mía, porque él siempre está rabiando, y yo siempre parece que me estoy riendo, no cree en la caridad, y contra ella dispara balas rasas de este calibre:

«Para crear pobres, tuvo que crear ladrones, y vea usted cómo los grandes conquistadores ó ladrones antiguos y modernos son de origen divino.

El rico ladrón y el pobre bestia que lame los zancajos del primero, cumplen fatal y naturalmente con la altísima misión que les está encomendada. La palabra unidos, y sin la palabra caridad no recogería el pobre Papa unos ochenta y siete millones de reales anuales; no levantarían sus torres al cielo esos basilicas soberbias; ni en palacios habitarían esos humildísimos continuadores de los pescadores galileos; ni lucirían sus abultados vientres esos canónicos sapientísimos; ni los curas rurales se atacarían ferozmente de saculentos pimientos; ni las santas mora-

das donde vegetan millares de serafines patudo de ambos sexos tendrían sus despensas repletas ni los jesuitas apandarían millones; ni la voz prepotente de nuestros farisaicos legisladores tronaría en el Congreso defendiendo a las frígidas que se atracan con el chocolate, la leche y la carne que debieran comer los enfermos; ni muchos diputados provinciales harían negocios con la bazofia y los zapatos de los niños asilados y con la lactancia de los pequeñines; ni muchos alcaldes y secretarios de ayuntamientos chuparían las tetas de las pobres amas externas, ni... ni... ¡La caridad existe, la caridad es una gran verdad! ¿Qué sería del mundo sin la caridad?»

¡Figúrese usted!... Quitele usted al mundo los hospitales, y con ellos el empleo de los garbanzos y tocino podríamos...

Quitele usted a todas esas casas benéficas, en las que el ángel de la caridad está constantemente batiendo en alas, las candidas y castas hermanitas que en ellas viven y se enriquecen, consolando al triste por un módico sueldo al mes y por muy buen caldo de gallina al día...

Quitele usted a todos esos establecimientos las innumerables fijas y subvenciones que poseen, y que administran los santos varones sumando y multiplicando, sin equivocarse una vez siquiera...

Quite usted todo eso, y... ¿qué sería entonces de la humanidad doliente?...

Indudablemente sucedería que... la humanidad tal vez tendría más vergüenza, y haría por deber lo que hoy hace por caridad.

Como hacen en los pueblos en que hay muchos pobres los pocos ricos que en ellos habitan: que en cuanto se echan a la calle los más pidiendo pan, enseguida los menos abren la despensa.

¡Por si acaso! A esto se le llama caridad. Caridad que es muy conveniente para evitar una degollina.

El gobierno de Alemania dará una ley especial para evitar los borrachos que públicamente van haciendo alarde indecente de haber bebido de más. Es histórico, se sabe que su real majestad el emperador Guillermo es loco digno de atar, y que bebe y se emborracha como cualquier alemán... ¿Habrá el Gobierno dictado esa ley tan singular para castigar con ella a su real majestad?...

Sabrán ustedes que estoy por mandar un abrazo por telegrafo a Rafael Guerra (*Guerrita*) desde que me he enterado de que es de los nuestros; es decir, republicano... en día de nosotros.

Con razón hemos dicho nosotros siempre que contábamos con las primeras espas.

El Liberal de Sevilla cuenta una conversación sostenida entre dicho exdiestro célebre y el empresario actual de la plaza de Madrid, don Pedro Niembro, quien, con argucias naturales, trataba de comprometer a *Guerrita* para que tomara parte en las futuras corridas reales que se darán en el futuro coronamiento del futuro rey en el futuro mes de Mayo del futuro año.

Y aunque sea una inocentada, cuentan la cosa así:

«Los que conocen el profundo cariño y el respeto con que a Niembro trata el Guerra, imaginarán que el torero quedó convencido y que en las corridas reales toreará el Guerra.

Pero éste, irrevocable y dando a su decisión un carácter irrevocable, habló así:

—Mire usted, don Pedro, para eso no bajo yo a la plaza, aunque viniera mi padre a pedirme a la tierra.

Entonces Niembro, que conoce la admiración profunda que Salmerón inspira al Guerra, dijo a éste ofreciéndole una copa del riquísimo vino.

—Bueno, Rafael; y si Salmerón viniera, porque se proclamase la República, ¿torearía entonces?

—Aunque tuviera que ir andando a Madrid—contestó con sobria ingenuidad el Guerra.

Lo dicho, dicho: que le mando un abrazo por telegrafo.

«Rafael Guerra (*Guerrita*).—Córdoba.—Enterado de su decisión de no torear, a menos que sea proclamada la República española, mándole un abrazo apretado, y hágolo público para que la numerosa afición taurina del país se convenza de que sólo con el triunfo de la República podrá lograr pronto y ansiada regeneración, incluso toreó. Ruégole vaya limpiando estroques, aireando capotes, sacando zapatillas y zarcos decaídos por que dicha noticia inspirará a nuestros decaídos y nos dará el triunfo en tiempo no lejano.»

CARRASQUILLA.

LA ESPAÑA Y EL CATALICISMO

La Raison, de París, publica el siguiente artículo del notable publicista revolucionario Carlos Malato, que traducimos, para que vean los españoles cómo consideran á nuestra nación en el extranjero, apreciando las causas de su decadencia.

España, por su desgracia, ha sido después, y aun antes de Torquemada, la tierra predilecta del catolicismo. Esa fe ciega, engendrada por una imaginación ávida de cosas sobrenaturales, que se desarrolla con preferencia en los países de mucho sol, resultó en España tan ardiente, que acabó por prender fuego á las hogueras. En ese país, donde las largas luchas con los invasores llegados de Africa fomentaron y desarrollaron el amor á las epopeyas al mismo tiempo que la creencia en los seres y las cosas extraordinarios, el *Credo quia absurdum* había de encontrar forzosamente entusiastas incomparables. La Iglesia, que debe á España un Alejandro Borgia, un Ignacio de Loyola y Sánchez y Escobar—frutos venenosos del árbol del catolicismo—se aprovechó de esto para hacer de un pueblo naturalmente entusiasta, bravo, imaginativo, algunas veces cruel, pero casi siempre caballeresco, su más ciego campeón.

Por la iglesia y para la iglesia conquistó España el Nuevo Mundo, colonizó el Archipiélago filipino y tiranizó Flandes. Por la Iglesia emprendió su lucha fatal con Inglaterra, que terminó con la destrucción de la *Armada Invencible*. Por la Iglesia envió sus tropas á combatir al lado de los viles degolladores de la noche de San Bartolomé. Y la inolvidable tragedia de Montjuich ha mostrado, aún no hace cinco años, que los procedimientos de la muy Santa Inquisición son piadosamente conservados en los calabozos peninsulares.

Aun así, tal vez el régimen del hierro enrojecido, de las esposas con puntas, del casco mecánico para apretar el cráneo, de la torsión genital y del alimento salado sin agua que se empleó con Callis, Gana, Alsina, Molis y tantos otros, es casi insignificante comparado con las torturas morales y materiales puestas en práctica en honor de los filipinos por los ministros de un Dios de infinita misericordia.

Durante tres siglos la historia de ese archipiélago oceánico ha sido bajo la dominación de España, ó, mejor dicho, bajo la dominación de los frailes, un verdadero martirologio. Todo lo que la metrópoli tenía de inquisidores fanáticos, de frailes viciosos, de sacerdotes ávidos de riquezas temporales y roídos por la ambición, corrió locamente hacia los países de Ultramar al ser descubiertos. La fácil conquista de las Antillas, de Méjico y del Perú; el descubrimiento de las minas de oro y plata, la leyenda fabulosa de Eldorado, enardecieron á la gente eclesiástica, y los más emprendedores, los más intrigantes, los más audaces, se precipitaron sobre América como sobre una presa. Después de América les llegó el turno á los países descubiertos por Magallanes.

Franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas, sin contar las otras órdenes débilmente representadas, se apoderaron de las Filipinas é instalaron el régimen de la Edad Media con todo su esplendor, en el mismo instante que Europa, despertada por el alba del Renacimiento y por el soplo de la Reforma, se esforzaba por arrojar lejos como una pesadilla la maldita Edad Media. Los dogmas y supersticiones que comenzaban á envejecer aquí, encontraban entre aquellos indígenas un porvenir de larga vida.

Los buenos Padres establecieron sus impuestos y se encargaron de velar por la exacta cobranza; inventaron servidumbres y corbeas; nombraron (ó hicieron nombrar á su gusto) todos los funcionarios, desde los más subalternos hasta el gobernador ó virrey. En 1896 este gobernador era el general Blanco, tildado de liberalismo, lo que después de la declaración famosa de Nocedal «es un pecado». Bastó un cablegrama enviado á Madrid por el arzobispo de Manila y los superiores de las congregaciones para obtener la destitución del hereje y su reemplazo por el beato Polavieja, general á la vez de matadero y desacristía; cualidades que parecen contrarias, y sin embargo se completan.

De este modo, después de tres siglos de haber puesto su mano sobre el archipiélago, la omnipotencia del clero todavía se mostraba entera.

Desde el principio (hay que decirlo en honor de la raza esclavizada) esta monstruosa tiranía engendró revueltas y conspiraciones. En 1585 se urde un complot de conjurados, sorprendidos, son condenados á muerte. Diez y ocho años más tarde, los indígenas, unidos con los chinos y con los musulmanes de la isla de Luzón, se sublevaron

indignados por un sermón del arzobispo de Manila, derrotan á los españoles mandados por Marianas y llegan á plantar su campamento ante los muros de Manila. Pero su fogosidad desordenada viene á estrellarse contra la regularidad de la defensa. Finalmente, son vencidos, y veintitres mil de ellos que quedan prisioneros son cristianamente pasados á cuchillo.

Igual inflexibilidad hubo en la represión de la revuelta dirigida, de 1837 á 1841, por un cura filipino, Apolinario de la Cruz. Fué éste capturado con dos mil de sus compañeros y todos murieron fusilados.

Y mientras tiranizaban y condenaban á muerte la población indígena, los hombres de Dios no cesaban de pelearse por la hegemonía; regulares contra seculares, clero metropolitano contra clero indígena, dominicos contra franciscanos, agustinos ó jesuitas.

La represión de la revuelta de 1896 no tuvo un carácter menos atroz. En Nueva Ecija fueron exterminados seis mil indios; pero para economizar cartuchos no se les fusiló: se le ahogó en el río. Este hecho de guerra lo han imitado heroicamente, algunos años más tarde, nuestros aliados los rusos, ahogando igual número de chinos en el río Amour.

En Bagumbayan (que fué para los filipinos lo que el campamento de Satory para los comunalistas de París), en las mismas puertas de Manila, se fusilaba por centenares y se fusilaba con música. Las bandas de los regimientos tocaban vales, fandangos ó la *Marcha de Cádiz*, mientras que grupos de hombres vivos se convertían en cadáveres; y las bellas señoras de Manila, las esposas de los altos funcionarios, asistían lujosamente vestidas á estas fiestas de la muerte, como hubieran asistido á una corrida de toros ó al estreno de una comedia.

De estas ejecuciones, la más extraordinaria, ya que no la más odiosa, pues todas lo resultaron igualmente, fué la del doctor José Rizal, poeta y erudito de primer orden. Había cometido un doble crimen: ser fraicmasón y haber escrito una novela, modelo de sinceridad, en la que ponía al desnudo á los frailes de Filipinas.

Tampoco hay que recordar el pozo enorme y negro donde los defensores del altar y el trobo arrojaban revueltos los muertos, los heridos y los prisioneros sanos. Estos últimos, privados de aire, luz, comida y bebida, rugían y lloraban en medio de las carnes en descomposición, y poco á poco se convertían en moribundos y después en cadáveres. Al borde del pozo velaban centinelas con la bayoneta armada: para evitar toda fuga.

Gracias á estas atrocidades, inspiradas unas veces directamente por la Iglesia, y otras por su espíritu inquisidor, las Filipinas se perdieron definitivamente para España. Y la nación vencida, desposeída, aún tiene que indemnizar á los buenos Padres que la llevaron á la ruina.

España se asfixia, teniendo sobre su garganta el pie del fraile asesino. Todo el que en la península es inteligente, joven de corazón y de ideas, comprende que la extirpación absoluta de la lombriz monacal es condición indispensable para la regeneración moral y material de dieciocho millones de españoles.

Pero al mismo tiempo, todos los que son conservadores del viejo orden social, y aunque ostentan la etiqueta democrática, tienen miedo á una revolución popular, se convierte más ó menos abiertamente y en diferentes grados, en defensores del clero amenazado.

Si el pueblo español ha de vivir, es preciso que acabe con la explotación religiosa.

CARLOS MALATO.

De actualidad

Espéranse con curiosidad las declaraciones que hará Silvela en la junta general del Círculo conservador.

Ha desaparecido el auxiliar de caja del ferrocarril del Mediodía; desfalco de 8,000 pesetas.

El Gobernador de Madrid celebró reunión con una comisión de patronos y huelguistas para buscar solución al conflicto. La tentativa fué infructuosa.

Descarrió el tren correo en Huete (Cuenca), sin desgracias; pérdidas considerables.

El Gobierno ha convenido con el Vaticano incluir en los Cabildos Catedrales un número limitado de párrocos excedentes de Ultramar.

Sagasta ha negado otros acuerdos con el Vaticano que le atribuía la prensa.

A mediados de Enero comenzarán las operaciones de guerra las tropas del Sultán contra las kabilas que cautivaron á los niños españoles.

Aumenta la insurrección en Venezuela. El Emperador de Alemania ha ordenado que una escuadrilla se apodere de un puerto de Venezuela como garantía del pago de indemnizaciones reclamadas.

El representante de Alemania retiróse. Aproximase el rompimiento diplomático entre Alemania y Venezuela.

Aumenta en Barcelona la gravedad de las huelgas, extremándose las precauciones. Amenazan con huelga los descargadores del muelle.

Se han declarado en esa actitud los panaderos de Gracia.

Los huelguistas, situados con garrotes en las afueras, impiden la entrada del pan, maltratando á algunos que lo conducían.

Acudió la policía y restableció el orden, deteniendo á cuatro huelguistas.

Los diputados electos por Madrid reunieron en el Congreso, acordando dimitir.

Sainz y Ruiz Jiménez participaron á Moret el acuerdo.

Este rogóles que desistieran, añadiéndoles que Sagasta había declarado que no se cerrarían las Cortes sin aprobar esas actas.

Romanones ha invitado á un té á la mayoría.

El jueves, en Lhardi, los senadores de la comisión de presupuestos darán un banquete á D. Amós Salvador.

En Tánger, una división de moros espera la llegada de la expedición del Sultán.

Desembarcaron tres ametralladoras y mil fusiles para la campaña contra las kabilas de Benisara.

Esta apréstase á resistir. Las operaciones comenzarán enseguida.

El Sultán ha advertido á los súbditos extranjeros que retiren sus intereses.

Verificóse en Barcelona un mitin de los huelguistas con violentos discursos contra los patronos.

Después hicieron manifestación recorriendo las Ramblas y siendo disueltos.

Las secciones del Senado nombraron comisiones para proyectos de ferrocarriles y carreteras y para el de Weyler concediendo ventajas del retiro á los jefes del ejército.

En París verificóse el cuarto duelo del alférez de navío Divaison con Grageon, hijo del cónsul de Rusia en Tolón.

Fuó á espada francesa.

Al tercer asalto resultó herido Divaison en la región cubital anterior.

La herida produjo inflamación.

Cuando se restablezca se batirá por quinta vez con otro oficial de Marina.

Dicen de Pekín que 2,000 chinos ocuparon la ciudad.

Ignórase la fecha del regreso de la Corte.

La prensa inglesa muéstrase pesimista sobre la situación del Africa del Sur.

Niega que las declaraciones del Gobierno sobre las actuales fuerzas boers sean consideradas escasas.

Pide el envío inmediato de refuerzos.

¡Buen remate!

El decreto de Weyler sobre los matrimonios de militares ha producido el estupor en unos, la indignación en otros y la censura de todos. Así tenía que suceder, habiéndose liado la manta el general y decretado medida tan grave contra todo nuestro derecho.

Digno remate á un año calamitoso, gubernativamente considerado, á un final de legislatura en que, después de tres meses de trabajos parlamentarios y de largas discusiones sobre asuntos financieros, ha concluido en la aprobación rápida y embarullada de un presupuesto peor que el anterior, cuyas consecuencias comenzará á sufrir el país en el momento en que la famosa obra financiera del partido liberal aparezca en la *Gaceta*.

Los que se han sometido á Roma hasta pasar por la imposición de excluir la sede del Gobierno español para tratar sobre la reforma del Concordato, que ha de negociarse precisamente en la ciudad y en la residencia de los papas, ó no habrá negociación.

Los que echaron á vuelo todas las campanas para elogiar el decreto del ministro de la Gobernación á propósito de las órdenes monásticas, tienen que entonar también el *yo pecador* y pasar por las órdenes emanadas del Vaticano, que ha puesto el veto al real decreto, y que no se

ejecutará ni se cumplirán ninguno de sus preceptos.

Los que se titulaban liberales y demócratas y echaban el anzuelo á los republicanos, ahí los tenéis convertidos en setidores de Roma y haciendo buenos á los vaticanistas ultramontanos del último ministerio conservador.

Pues estos mismos liberales, en las cuestiones de Hacienda, donde tanto prometieron, tampoco han realizado nada, y lo único que han hecho ha sido llevados de la mano por el gran financiero conservador: por Villaverde.

Así han concluido su labor las Cortes en su primera legislatura. Así cierra sus puertas el Parlamento al comenzar el año en que se va á inaugurar el reinado de un adolescente. Así termina la regencia su ciclo legislativo con la responsabilidad del partido liberal y democrático.

Imperando Roma y haciendo sentir Rampona su tristísima influencia sobre nuestro Gobierno, hasta el punto de negarse resueltamente, sabemos que la nota es, no sólo enérgica, sino durísima á todo trato, si no se entablan las negociaciones en su despacho de secretario de Estado del Papa y por nuestro representante en la Corte pontificia, Sr. Pidal.

¡Buen papel para Sagasta y para los ministros de Estado y de Gracia y Justicia!

Continuando en aumento el agio y con un presupuesto del marco y del corte que verán nuestros lectores.

Y como remate y digna coronación de una obra tan desdichada, el decreto del general Weyler, calificado por alguien de salto atrás, y del que nosotros, en nuestro artículo del día 30, hemos dicho el concepto que nos merece.

El organizador del ejército no ha debido contar indudablemente con sus compañeros de Gobierno para aquella medida; porque estamos seguros, aun descontando lo descontable, que alguna voz con la independencia bastante se hubiera levantado, protestando de aquella medida.

Pero, no. Los ministros de la Regencia nos tienen acostumbrados á esto y á algo más, y nada de extraño tiene que hayan estado tan ciegos como el autor del decreto, que, después de todo, es el remate digno, es la contera obligada á la obra de un Gobierno que vive en abierta oposición con la opinión pública, y para el que la Ley la constituye sólo su capricho.

Ya tienen los diputados republicanos nuevos materiales y nuevos elementos de condenación contra el régimen que nos precipita de cabeza en las nebruras del pasado.

A.

Crónica teatral

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Hace algunos años representó María A. Tubau la comedia de Alejandro Dumas en el teatro San Fernando ante un centenar de personas. La eminente actriz estaba en el apogeo de sus glorias artísticas; sus pies habían marcado en todos los escenarios huellas sobre flores; sus oídos hallábanse acostumbrados á oír exclamaciones de entusiasmo, bravos, vítores... y, sin embargo, la tierra artística por excelencia mostróse indiferente á la visita de la genial intérprete de tantos personajes de comedia.

Aquello pasó. Sevilla tenía que responder á sus tradiciones de amor hacia todo lo que representa arte, y anoche lo patentizó de un modo bien ostensible. Llevó con sus manifestaciones de entusiasmo el halago al alma del artista, y María A. Tubau habrá olvidado con ello el agravio de hace años.

**

Es imposible que haya artista que supere á la señora Tubau en la manera de dar vida escénica á la ideal *Margarita Gautier*. Si arte hay en la concepción de Dumas, arte y arte maravilloso es el que desarrolla en la interpretación del personaje la notable actriz española. Es absolutamente imposible representar mejor. En las dramáticas escenas del último acto llega á lo inconcebible.

Un notable médico sevillano, hoy catedrático en la Escuela de Medicina de Granada, presenciando hace años, y en el mismo teatro, la interpretación de *La dama de las Camelias*, nos decía poseído de gran entusiasmo ante la labor artística que realizaba en el acto final de la comedia la señora Tubau:

—Esa mujer se muere como mueren todos los que padecen la llamada *tisis florida*; esa mujer debe haber estudiado lo que hace presenciando *casos* en los hospitales; de otra manera es imposible...

¡Quién sabe si tendrá razón nuestro amigo el notable médico, que también tiene mucho de artista! Pero la tenga ó no, precisa rendir homenaje de sincera admiración á la señora Tubau, viéndola representar la obra que eligió para su función de beneficio. La *Margarita Gautier* que ella hace es incopiable.

Y dicho esto, nos resta poco que añadir que no to supongan los lectores. Aplausos, flores, poesías, regalos y parabienes... Todo cuando